



CAPÍTULO XLIV.

Como Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quijote.

DICEN que en el propio original desta historia se lee, que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le había escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de Don Quijote, por parecerle que siempre había de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decía que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un sólo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo incomparable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor; y que por huir deste inconveniente había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del "Curioso impertinente," y la del "Capitán Cautivo," que están como separadas de la historia, puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo Don Quijote, que no podían dejar de escribirse.

También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de Don Quijote, no la darian á las novelas, y pasarían por ellas ó con prisa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de Don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz: y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos en los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun éstos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir; y luego prosigue la historia, diciendo, que en acabando de comer Don Quijote el día que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió esentitos, para que él buscara quién se los leyese; pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron y vinieron á matos del duque, que los comunicó con la duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de Don Quijote; y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él había de ser insula.

Acaeció, pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discreción; el cual había hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se había de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente.

Digo, pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor, le dijo:

—Señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró Don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado, dijo á Sancho:

—No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir), que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaría contradicción muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que sería entrarnos en intrincados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros, y de malos encantadores.

—No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante á ver si descubro otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha.

—Así lo has de hacer, Sancho, dijo Don Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió, en fin, Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gabán muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la jineta, y detrás dél, por orden del duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos juveniles de seda y flamantes. Volvió Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemania.

Al despedirse de los duques les besó las manos, y tomó la bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos.

Deja, lector amable, ir en paz y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo; y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de Don Quijote, ó se han de celebrar con admiración ó con risa.

Cuéntase, pues, que apenas se hubo partido Sancho, Don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas había en su casa, que le servirían muy á satisfacción de su deseo.

—Verdad es, señora mía, respondió Don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás suplico á vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo sólo sea el que me sirva.

—En verdad, dijo la duquesa, señor Don Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mías, hermosas como unas flores.

—Para mí, respondió Don Quijote, no serán ellas como flores, sino como espigas que me punquen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced, sin yo merecerla, dé-



Sancho tomó la bendición de su Señor.